

16: DANIEL

La forma en que está organizada la Biblia distorsiona la historia. Por ejemplo, la Torá (es decir, los cinco libros del Génesis al Deuteronomio) parece contener una sola historia continua cuando, en cambio, el conjunto se escribió durante unos 500 años y recoge eventos que ocurrieron a lo largo de 14 siglos. Siempre se lee la Torá en las liturgias como si contara una única historia, lo cual convierte en poco menos que en una insensatez histórica el conjunto de los eventos. Por recordar un caso: el libro conocido como de Isaías tiene 3 partes que se escribieron en tres ocasiones muy distintas: la primera, capítulos 1-39, se escribió en el siglo VIII a.C.; la segunda, capítulos 40-55, se escribió unos dos siglos después, en el siglo VI a.C.; y la tercera, capítulos 56-66, fue obra de alguien del siglo V a.C. Sin embargo, durante la mayor parte de la historia judía y cristiana, este libro se ha leído como un texto único y coherente, de un autor único, lo cual hacía imposible una interpretación apropiada de sus fragmentos. La misma distorsión temporal se da en el orden de presentación de los profetas. El orden de presentación de los cuatro "profetas mayores" (Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel) no coincide con el orden de redacción de dichos libros. Isaías se escribió tanto antes como después de Jeremías y de Ezequiel. Daniel, en cambio, es un texto muy posterior, del siglo II a.C., pero además, para confundir las cosas, se presenta como habiendo sido escrito durante el exilio babilónico del siglo VI a.C. Quien quiera encontrar verdad literal o verdad histórica en estas partes de la Biblia se verá inicialmente muy frustrado.

Al iniciar esta serie de columnas sobre los orígenes de la Biblia, ya sabía yo que, en algún momento, tendría que tomar una decisión respecto del orden a seguir. Podía referirme a los libros de la Biblia según el orden en el que aparecen en ella o podía reorganizar todo el texto sobre la base de la historia y según el momento en que se escribió cada uno. Decidí hacer ambas cosas y, hasta aquí, he tratado los libros del Antiguo Testamento siguiendo el orden en el que aparecen en nuestras biblias. Comencé con los documentos de la Torá, desde el Génesis hasta el Deuteronomio, y luego me volví hacia el movimiento profético, y consideré los libros que van desde Josué hasta Reyes II. Aún así, sin embargo, para dar continuidad a la historia, tuve que omitir libros como el de Job, los Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Lamentaciones e incluso el pequeño pero significativo libro de Ruth. Así pude tratar de los profetas en el orden en que aparecen en la Biblia. Volveré luego a estos otros libros que he dejado en el camino. Pero, cuando llegue al Nuevo Testamento, seguiré el orden cronológico en el que se escribieron los distintos textos y no el orden en el que aparecen en nuestras biblias. Esto significa que comenzaré con Pablo y que sólo abordaré los evangelios después. Este orden confundirá probablemente a algunos, pero creo que servirá mejor a la verdad.

Este problema entre el orden de presentación y el orden cronológico de redacción resulta patente al tener que hablar del libro de Daniel, que es una obra literaria, en el sentido de mitológica y alegórica y no histórica, escrita para fortalecer la resistencia judía al rey seleúcida Antíoco Epifanes, durante el período de la revolución macabea del año 160 a.C. Esto significa que el libro de Daniel no debería estar en la Biblia hebrea sino que debería formar parte de los apócrifos, grupo de libros intertestamentarios que no forman parte del Antiguo Testamento propiamente tal, al menos tal como se considera a éste dentro del cristianismo protestante. Es verdad que varias historias, que eran originariamente adiciones al libro de Daniel, como "Bel y el Dragón", "La oración de Azarías y la canción de los Tres Jóvenes" y "Susana", se extrajeron de dicho libro y se incluyeron entre los apócrifos por editores bíblicos posteriores. Sin embargo, el libro propiamente dicho se conservó dentro del canon del Antiguo Testamento, a pesar de no pertenecer a él. Esto hizo que las historias que quedaron dentro fueron mucho más conocidas, en el mundo cristiano, que las otras que se pasaron a los apócrifos. Nos resultan familiares tanto Daniel en el

pozo de los leones como Sadrac, Mesac y Abed que sobreviven dentro de un horno. Hay frases de Daniel que también forman parte de nuestro bagaje, como llamar a Dios "el Anciano lleno de días", o como referirse a un juicio venidero como un "manuscrito en un muro", o decir que tener una debilidad es "tener los pies de barro", o que enfrentarse a unos oponentes poderosos es como "entrar en el foso de los leones".

También es un hecho que Daniel y el Apocalipsis, del Antiguo y del Nuevo Testamento respectivamente, son los dos libros más citados por aquellos a los que les gusta predecir el fin del mundo. Muchas fechas anunciadas como las del fin del mundo en el mundo occidental han transcurrido después sin haber ocurrido nada en ellas. Sin embargo, sigue habiendo predicciones provenientes de este sector visionario de la religión si bien no me parece que merezca la pena dedicar mucha atención a esto. Mi historia favorita, acerca del fin del mundo, es que, una vez, recibí una carta de un sacerdote que me anunciaba la fecha y la hora exactas e inminentes de tal suceso. Para probar su profecía, el autor de la misiva citaba muchas fuentes bíblicas, incluidos algunos pasajes del libro de Daniel. Debo confesar que, ante semejante inminencia, no inicié preparativo alguno. Sin embargo, a los pocos días, recibí una invitación de la esposa de aquel sacerdote para que asistiera a la celebración del 50 cumpleaños de su marido. Afortunadamente, la fecha de la celebración iba a ser ¡10 días después del fin del mundo! ¡Qué alivio –pensé–, ni siquiera la esposa cree en la extravagante teoría de su marido!

Al examinar el libro de Daniel, vemos que su contenido se divide en dos secciones. La primera es una colección de historias acerca de Daniel, que ocupa los capítulos 1 a 6. La segunda es un conjunto de visiones que luego han influido en el desarrollo de las ideas cristianas. La primera de estas visiones incluye a alguien denominado el "Hijo del Hombre". El primero en usar este término fue Ezequiel, que lo incorporó al lenguaje religioso. Sin embargo, cuando Ezequiel lo usó, este término era una simple fórmula utilizada por Dios para llamar al propio Ezequiel. Ezequiel era para Dios un simple humano. Por tanto, el término no tenía connotaciones divinas. Sin embargo, muchos años más tarde, al usar los evangelios el término y ponerlo en boca de Jesús, pasó a ser un título con un significado más relevante. De hecho, implicaba una proclamación de la divinidad de Jesús. El término debió de tener que recorrer un largo viaje para llegar a cambiar tanto su significado, desde Ezequiel hasta Jesús. Dicha transformación ocurrió sobre todo gracias a una de las visiones incluidas en el libro de Daniel. En Daniel, "Hijo del Hombre" es el nombre de la figura divina, sobrenatural y apocalíptica, que abrirá la entrada al Reino de Dios y que pondrá fin a la persecución de los que hayan sido fieles. En la visión de Daniel, el "Hijo del Hombre" viaja sobre las nubes del cielo y a él se le otorga el dominio, la gloria y la majestad. Todas las naciones del mundo lo servirán. Su trono se anuncia como eterno y su reino no tendría fin. Al leer algunos pasajes del Nuevo Testamento, vemos que estas imágenes se incorporan en las historias sobre Jesús. El primero en incorporarlas fue Mateo, primero en su parábola del juicio final, donde el Hijo del Hombre separa las ovejas de las cabras. Luego, en su relato de la aparición de Jesús resucitado a los discípulos, en lo alto de un monte en Galilea: Jesús viene sobre las nubes, revestido de autoridad en el cielo y en la tierra, tanto como para poder enviar a sus discípulos en misión por "todo el mundo". Después de Mateo, Lucas utilizó también la imágenaría del "Hijo del hombre" de Daniel para escenificar la ascensión de Jesús.

Daniel fue también un libro capital en el desarrollo judío de las ideas acerca de la vida de después de la muerte. En su capítulo final, su autor se refiere al tiempo del fin del mundo, cuando vendrá la gran salvación: "Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, algunos para una vida eterna y otros para una vergüenza y un desprecio eternos", según se dice en el libro. A partir de este versículo, la idea de que habrá premios y castigos pasó a ser una característica principal del imaginario de la vida de después de la muerte. Antes del siglo II a.C., el pueblo judío hablaba poco de la vida de después de la muerte. El concepto más difundido era el "Sheol". El Sheol se imaginaba situado en "el centro de la tierra". No era lugar de premios y castigos. Era simplemente la morada de los muertos. Nadie deseaba ir allí. A nadie le consolaba la idea de ir al Sheol. Todos iban allí sin más. Se describía como un lugar sombrío,

como una sombra de la vida, como algo fantasmal, sin gozo ni dolor alguno.

Cuando se escribió el libro de Daniel, las persecuciones contra los judíos eran numerosas y crueles. Los obligaban a comer alimentos que ellos consideraban impuros. Se contaminó el Templo por la instalación de una cabeza de cerdo en el lugar sacrosanto: un animal impuro ocupaba la morada de Yahvé en la tierra. Fue "la abominación de la desolación". Se ejecutó sumariamente a quienes rehusaron abandonar sus prácticas alimenticias, religiosas e identificadoras. El libro de Macabeos II, contemporáneo de Daniel, cuenta el arresto de 7 hermanos junto con su madre, a quienes se conminó a comer cerdo. El mayor se negó y le cortaron la lengua. Luego le arrancaron el cuero cabelludo y le cercenaron manos y pies. Al fin, aún vivo, lo quemaron. El segundo, conminado a comer cerdo o a sufrir la misma suerte del mayor, rehusó comer lo impuro y sufrió igual castigo. Así pasó con los siete y luego murió la madre. Es una historia espantosa que, sin embargo, se tornó en un poderoso instrumento de creencia: dio origen a un nuevo concepto y a una nueva concepción, entre los judíos, sobre la vida de después de la muerte. El capítulo 12 de Daniel, el último, formula esta idea. Sin vida después de la muerte, la muerte de aquellos mártires ponía en jaque la justicia de Dios. Si la fe en Dios no tenía recompensa más allá de la vida, Dios era injusto. El mal triunfaba sobre Dios. Este argumento estuvo en la base de que el cielo y el infierno se convirtieran luego en lugares adscritos a una concepción determinada de la justicia divina: la vida después de la muerte se usó para tornar justo un mundo injusto, pero más allá de él. El libro de Daniel fue fundamental en esta transformación de las creencias, y ejerció por ello una gran influencia en el desarrollo del cristianismo cuando la vida de después de la muerte pareció ser crucial tanto para una comprensión humana de la justicia divina en general como, más en concreto, para la comprensión del caso de la crucifixión de Jesús, así como para la posterior interpretación del destino de los cristianos, leales a Cristo, que afrontaban por ello el martirio de los romanos. El libro de Daniel no es un libro profundo pero cabe preguntarse cómo hubiera sido el cristianismo si no hubiera existido. En mi opinión, pensar en la vida después de la muerte como un lugar donde unos premios y unos castigos reequilibran lo incomprensible de la vida, es algo que distorsiona por completo el misterio. Con todo, esto es tema para otro capítulo o quizá para otro libro.

— John Shelby Spong